

Historias de Aquí e de Acolá

Artesanos de As Pontes - XII

Corría el año 1905 cuando el señor Julián Paz Bouza regresó de Cuba para establecerse en As Pontes. En La Perla de las Antillas había trabajado en un negocio de venta de carbón a domicilio con el que logró reunir un capital que le iba a permitir regresar a su pueblo natal y establecerse con algún comercio aún sin definir. Al mismo tiempo, pensaba que, de surgir algún romance en su vida sentimental, le gustaría encontrar alguna dama con la que poder formar una familia. En este sentido, la fortuna le sonrió, deparándole una mujer, vecina suya, que reunía las mejores cualidades. Julián y María, su esposa, iniciaron, pues, una vida juntos con sus buenos momentos y otros no tan dichosos. Julián era un hombre emprendedor que no podía permanecer inactivo, y pronto comenzó a darle vueltas a la idea de construir una casa para luego establecerse con algún negocio que les permitiera llevar una vida digna. En el campo de la Feria encontró una parcela de terreno, amplia y bien situada, que sus propietarios le vendieron de buen grado. No tardaron mucho tiempo en comenzar la obra, con bajo y piso alto, de medida suficiente para albergar alguna actividad comercial. Julián colaboraba aportando con su trabajo una valiosa ayuda al constructor con el que había contratado las obras. En poco más de dos años quedó listo el edificio para instalar un negocio de ultramarinos en la planta baja, y en el piso superior una pensión. Pronto consiguieron una numerosa clientela, y con la cercanía del mercado de ganados de los días feriados les permitía, al menos, dos ocasiones para incrementar su negocio. El resto del mes alternaban su trabajo con labores agrícolas en su extensa finca, aneja a la nueva casa. La esposa colaboraba activamente para sacar adelante su

nuevo negocio, que, con el paso del tiempo, se iba afianzando poco a poco.

Trabajaba el feliz matrimonio de sol a sol, y cuando caía la noche y cerraban su negocio, se tomaban un merecido descanso hasta el amanecer del día siguiente. El carácter afable y servicial de la pareja facilitaba que el negocio del hospedaje funcionara cada día mejor, llegando a tener completas todas las habitaciones destinadas a este fin. En cada amanecer el canto sonoro y autoritario del gallo de su corral despertaba de su profundo sueño a María y Julián. La esposa comenzaba un nuevo día con su abnegada faena, limpiando la casa, ordenando su revuelta cocina, y encendiendo el fogón para preparar los desayunos de sus clientes habituales. Toda una jornada de ajetreo para limpiar y volver a manchar el mismo quehacer. Pero lo hacía con gusto, con dedicación, sabiendo que sus labores diarias eran justamente apreciadas por Julián, su esposo. A última hora de la tarde, preparaba la cena, cuando el sol se ocultaba en el horizonte, y el canto burlón, perverso, del cuclillo anunciaba el final de una dura y larga jornada de trabajo.

En la época invernal, sobre todo en los meses de enero y febrero, eran muy frecuentes las intensas nevadas, que azotaban esta comarca. Eran días que paralizaban la actividad económica del pueblo. Los clientes de la tienda de ultramarinos apenas hacían acto de presencia, refugiándose en sus hogares mientras las nieves optaban con insistencia en cubrir con su blanco manto los campos y las calles de la villa pontesa...

Por el contrario, durante los meses del estío, el despiadado calor se hacía insoportable. Un viento cálido del Sur se empeñaba, día tras día, en recalentar el ambiente, penetrando con descaro en la casa de comidas, haciendo de la cocina un lugar de tortura para la abnegada cocinera...

Entre los huéspedes alojados en la pensión de Julián había un pintor de brocha gorda, que era famoso por su ironía y buen humor. Pintaba interiores de viviendas, fachadas de edificios y todo tipo de anuncios comerciales para indicar alguna actividad mercantil. Llegó el momento en que pensó en darle una sorpresa al bueno de Julián, confeccionando sobre un tablero de regular tamaño un anuncio original sobre la taberna y hospedaje del que carecía la tienda. En un alpendre de la finca donde guardaba sus útiles de pintura, a horas perdidas, iba dándole forma a su anuncio, pintando con esmero las letras del futuro rótulo. Nadie sospechaba lo que el simpático pintor urdía en su improvisado taller. Una vez terminada su obra, la dejó secar convenientemente y aprovechando la ausencia del ventero, colocó su magistral obra pictórica, anclándola en la fachada de la casa, encima de la puerta de entrada, que era el lugar más apropiado para que la gente se enterara de la actividad comercial de los dueños del establecimiento. El letrero, pintado en vivos colores, indicaba, medio en serio, medio en broma, el gremio al que pertenecía la recién estrenada tienda: "CASA DE COMIDAS DE JULIÁN PAZ Y BEBIDAS".

El bueno de Julián cuando regresó y vio aquel rótulo multicolor colgado

en la fachada del edificio le pareció muy bueno el anuncio y su formato. Y hasta el enunciado le sorprendió por su expresivo mensaje. En toda la comarca, en varias leguas a la redonda, jamás se había contemplado un letrero más original.

Julián Paz, hombre incansable en su trabajo, multiplicaba sus esfuerzos para tener en orden todos los artículos de la tienda, la pensión, la huerta, el gallinero, la cuadra con los prolíficos conejos y varios cerdos que venían a solucionar los compromisos con su variada clientela. En la época de la matanza, el trabajo se incrementaba considerablemente con todo lo que conlleva las prolijas tareas de tan complicada labor. Y Julián siempre tomaba parte activa en todo este proceso. En los días feriados, la asistencia de numerosos clientes llevaba aparejado un aumento en el trabajo de la cocina. La víspera había que preparar con esmero los preliminares de comidas laboriosas, que el día siguiente la pericia y dedicación de la señora María servirían para dar satisfacción a tan ingente cantidad de comensales. Los callos, los asados, y el mismo caldo gallego, que preparaba con toda atención la esposa de Julián, gozaban de justa fama en toda la comarca.

El matrimonio nunca llegó a tener hijos. Y después de varios años de convivencia, la salud de la esposa comenzó a resentirse. La enfermedad hizo presa en su débil organismo, y su vida se apagó para siempre. El pobre de Julián, muy triste, desesperado, vendió la casa y la finca, y emprendió un nuevo viaje a la isla de Cuba, quizás para olvidar tanto infortunio.

Se volvió a establecer con el mismo negocio que había tenido años antes. Su trabajo y su tesón, junto con su carácter luchador, le permitió volver a alcanzar una situación económica próspera y estable. Y hasta volvió a enamorarse de nuevo de una mujer de color con la que contrajo matrimonio en segundas nupcias. Años más tarde, regresaría a su pueblo natal, acompañado de su negrita a la que nosotros, niños entonces, la conocíamos por la mulata, aunque, claramente, el color de su piel, de un tono negro intenso, indicaba su directa ascendencia africana.

No es casualidad que yo conozca la historia de Julián Paz Bouza. La casa construida por él fue adquirida por mi padre en el año 1924. En ella nacimos los tres hermanos. Durante muchos años se podían contemplar algunos vestigios de los antiguos negocios del señor Julián y la señora María.

Yo recuerdo perfectamente al señor Julián, sentado en una silla en la acera de su casa, en la primera vuelta del Riego del Molino, acompañado siempre por su segunda esposa. Julián, a cada rato, repetía: la primera mujer fue para lucirme, y la segunda para recibir sus cuidados.

Aquella mulata sobrevivió a Julián muchísimos años. Era frecuente verla asomada en la ventana de la casita del Cruceiro, al cuidado desinteresado de Josefa; mirando con curiosidad y ojos muy cansados, observando el ir y venir de las gentes que pasaban por su calle, añorando a su Julián y el esperado momento de reunirse con aquel hombre bueno, trabajador y afable que dedicó su vida al noble oficio de carbonero en La Habana, y al ramo de la hostelería de As Pontes...

Chucho Penabaz



Una prioridad en nuestro Servicio Exprés: CALIDAD

Servicio Exprés

Para ti, que no tienes tiempo que perder, hemos creado el Servicio Exprés, en el que podrás realizar las operaciones más frecuentes de mantenimiento de tu coche, con todas estas ventajas:

- Precios todo incluido. En Citroën los precios no dan sorpresas, incluyen piezas, mano de obra e Impuestos.
- Intervenciones rápidas.
- Presupuestos en el acto y sin compromiso.
- Con la seguridad de un trabajo profesional. Nuestros profesionales y los utillajes empleados son los más apropiados para la reparación de su vehículo.

POR CALIDAD, GARANTIA Y PRECIO: INSTALA PIEZAS ORIGINALES

Este mes, descubre unos precios excepcionales, ahorros de hasta:



3.000 €



3.000 €



3.000 €



4.200 €



4.500 €



www.citroen.es

Talleres y Recambios Varela

www.talleresvarela.citroen.es

981 455 009

